

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

El día 8 de noviembre de 1948, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, dió posesión de plaza de número al Académico electo, don Secundino Zuazo Ugalde, que en su discurso de entrada desarrolló el tema *Los orígenes arquitectónicos del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial*.

La REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA felicita a tan ilustre arquitecto y se honra publicando en sus páginas el preámbulo de su discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando.

«Señores Académicos:

El largo plazo transcurrido desde el día en que inmerecidamente me elegisteis para este puesto, muestra lo embarazoso que ha sido para mí corresponder a vuestra halagadora atención en forma digna de ella. Os pido, pues, indulgencia por mi retraso, benévola acogida para este modesto trabajo y aliento amistoso para la labor que, con la mejor voluntad y el más fervoroso entusiasmo, deseo emprender en vuestra honrosa compañía. Por todo ello, y especialmente por el alto honor que me habéis dispensado al asociarme a vuestras tareas, quiero expresaros muy honda gratitud.

Causa principal de la demora ha sido la inquietud sentida por la obligación de escribir este discurso académico, labor ajena a mis aptitudes y normales actividades. Al mismo tiempo, me abrumaba el pensar que ocuparía el mismo puesto en esta Casa que una figura tan insustituible en todos los aspectos como la de Antonio Palacios y Rámilo.

Por una de esas curiosas coincidencias, en las que a veces se complace el destino, esta evocación de hoy de la persona y de la obra de Palacios se enlaza en mi memoria con nuestro primer contacto, muy lejano ya en el tiempo, pero de igual trascendencia ambos para mi vida y mi historia profesional. Me es grato evocar hoy aquí la sombra silenciosa de Palacios, su noble figura humana, que con tan afectuosa cordialidad alentó hace cuarenta años con su palabra y con su ejemplo mi vocación por el difícil arte de la Arquitectura.

ANTONIO PALACIOS.

Corría el año 1908. Otra gran figura de esta Casa, don Ricardo Velázquez Bosco, Director entonces de nuestra Escuela, preparaba una excursión de estudio a Egipto con sus alumnos de la cátedra de Historia de la Arquitectura. Me cupo la suerte de participar en ella, gracias a una subvención otorgada a la Escuela por el entonces Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y hoy nuestro querido e ilustre Director. Así se completó el donativo particular que don Juan C. Cebrián había hecho para llevar a cabo el viaje. En su transcurso, traté íntimamente a Palacios, que nos acompañaba como profesor adjunto. Pasaron los años. Acabé mi carrera y firmé mi título profesional el Excelentísimo señor Conde de Romanones—a quien por tal doble motivo rindo público testimonio de reconocimiento—. Me reintegré a Bilbao, mi tierra natal, con objeto de preparar allí el viaje a América. No lo había aún decidido de manera definitiva; mis dudas terminaron al ofrecermelo Palacios, que recordaba nuestra amistad, un puesto a su lado. Vine a Madrid. En las obras de la Casa de Correos en construcción trabajé con Palacios y Otamendi. Le ayudé en faenas sin importancia, colaborando al mismo tiempo con él en labores de mayor responsabilidad. Mis primeros ingresos profesionales en Madrid los obtuve como fruto de esta inicial y modesta colaboración en la obra del llorado maestro.

En aquel destartado local le vi croquizar, proyectar, dibujar detalles a tamaño natural, preparar las memorias, los pliegos de condiciones, los presupuestos. Diariamente, hasta finalizar las obras, presencié cómo las dirigía personalmente. Desde aquella pseudooficina y estudio se dirigían también las del Banco Español del Río de la Plata, del Hospital de Cuatro Caminos y algunas otras.

Croquizaba a escala muy reducida, con tan rara y personal habilidad que otro ilustre Académico desaparecido, don Manuel Aníbal Álvarez, pudo decir de él, con certero juicio, cuán notable era «su facilidad de expresión por su dominio en el lenguaje del dibujo, sobresaliendo en el estudio de la distribución de plantas».

Su primer croquis era siempre el fundamento invariable para el desarrollo del proyecto a escala mayor. Este se reducía a una auténtica ampliación, en el riguroso sentido de la palabra, del croquis inicial que había concebido con firmeza y claridad definitivas. Sin dudas ni titubeos lo trasladaba a los proyectos como si fuera su evangelio arquitectónico. Y ya, desde ese momento, nada ni nadie, ni aun el fluir del tiempo, le hacían alterar su prístina concepción.

Era admirable verle desarrollar proyectos dibujando a tamaño natural con el lápiz y la tiza. Componía con un total sometimiento a la idea forjada anteriormente, perdiéndose muchas veces en la búsqueda de efectos que, luego, en la incorporación del detalle y en el ambiente exterior de su emplazamiento, no siempre correspondían a la sugestión ejercida por su genial habilidad en el oficial.

De todos los diversos rasgos que componían su bien acusada fisonomía profesional y artística, debe subrayarse el sentido hondamente honesto, pulcramente inflexible, que tuvo en el empleo de los intereses confiados a su trabajo y puestos al servicio del desarrollo de su ideal arquitectónico de cada momento. Nunca ha habido más celoso defensor de la intangibilidad ulterior de sus proyectos, en la inversión de cuyos presupuestos, muchas veces rebasados por su extraordinaria imaginación, ponía siempre un abnegado celo defensivo.

Generosidad artística y fantasía creadora fueron en él exuberantes. Con igual ardor, con la misma total entrega de sí mismo, proyectaba una obra considerable, un Museo de Bellas Artes, por ejemplo, que otra de menor importancia, como el Ayuntamiento de su pueblo natal. Concebía con tales ilusiones y tan amplia visión, que el fruto de su labor escapara a un juicio crítico normal. Muy atinado me parece el de Juan de Zavala: «Palacios es el representante del monumentalismo en la arquitectura española. Durante una larga época fué el arquitecto más destacado, y los edificios que proyectó y dirigió son innumerables, casi todos dentro de ese estilo de grandiosa escala.» La tendencia instintiva a la creación de grandes concepciones, rasgo estilístico más acusado en la obra de Palacios, se manifiesta claramente en la etapa final de su vida, al proyectar el gigantesco conjunto religioso de la Gran Promesa, en Valladolid, en el que el ímpetu irrefrenable de su fantasía y ardiente imaginación salta a alturas desde las que parece perderse el contacto con la realidad. La palanca motriz de su estilo fué la grandiosidad. De la tradición arquitectónica española—mudéjar, plateresca y aun gótica—tomó motivos ornamentales, siempre interpretados con un acento muy personal. Pero lo que en su obra hay de más castizo es el sentido anticlásico de acumulación compacta y pintoresca de motivos ornamentales, bien patentes, por ejemplo en la Casa de Correos, que después fué sometiendo a más rigurosa disciplina.

De sus hondas raíces gallegas procede la gran pasión que tuvo por el arte de la cantería y, probablemente, la forma como trató la piedra. En suma: la arquitectura española contemporánea debe a Palacios—y la deuda es inmensa—haberla elevado, desde concepciones modestas en todos los aspectos, a una monumentalidad expresiva de su exaltado y romántico ideal artístico.

Al lado de tan vigorosa personalidad, contradictoria en sus aspectos externos, pero compacta en su honda esencia, di en Madrid mis primeros pasos profesionales, iniciando personal y modesta trayectoria, en busca de una expresión adaptada al concepto que tenía de la realidad arquitectónica nacional. En el sendero no faltaron las íntimas satisfacciones que acompañan a la creación artística. Pero también, al fluir del tiempo, en el transcurso de los difíciles años en que nos ha tocado vivir, guardé ocultos dolores, que han tenido, a veces, la intensidad de un desgarramiento corporal o de la pérdida de un ser querido. Hoy llega la compensación de verme en esta Casa, entre vosotros. Dios ha permitido que una etapa, honrosa en mi carrera y trascendental en mi vida, se cumpla bajo la advocación de la figura prestigiosa que dirigió mis primeros pasos en el camino de mi vocación profesional.»

